



La silueta de la isleta de San Borondón, en el horizonte.

LA ISLA ERRANTE DE SAN BORONDON HA SIDO FOTOGRAFIADA POR PRIMERA VEZ

HACE justamente cinco años que la isla sirena de San Borondón levantó su perfil fabuloso al occidente de las Islas Canarias. No había vuelto a aparecer hasta hace unos días, y si su anterior aparición fue servida como noticia fresca por todas las agencias informativas, la última ha sido conocida por muy pocos. Vale la pena registrarla, porque este hecho extraordinario le ha puesto una orilla de temblor y milagro a la geografía del Archipiélago Afortunado.

Los islarios medievales tuvieron una teoría de islas fluctuantes que navegaron desde el paralelo de Irlanda al de las Islas Canarias. Y con el único y postrer viaje de San Brandano, camino del Paraíso Terrenal, madura el ciclo poético que había despuntado con la isla "Aprósitus", y que Ptolomeo incluyó dentro del grupo de las Afortunadas. Esta tierra fantasma, como un corazón a la deriva, había apasionado a los navegantes, que la llamaron "Non Trubada", "Encubierta", "Perdida"...

Pero la aventura de San Brandano, con sus doce monjes rumbo al Sur, no había sido en vano. Su estela rayó tan hondo, que muchos siglos después la isla brandiana figuraba en los primeros portulanos y, siempre a la deriva, los mapas la dibuja-

ban en ese vasto espacio que va desde el Sureste de Irlanda al Surceste de Canarias; es decir, dentro del rumbo que el santo irlandés trazó y la misma ruta donde su nave se desvaneció llamada por la mar y el viento.

Al primer ciclo poético sigue un silencio tan largo como el que envolvió al Archipiélago de la Fortuna desde su poblamiento hasta su redescubrimiento en la alta Edad Media. Y al difundirse entre los navegantes esta noticia, volvió a hablarse de la "Non Trubada". Genoveses y portugueses cuentan la historia. Pizzigano dibuja en 1367 la isla de San Brandano. En el siglo XV trazan su contorno Toscanelli y Andrea Bianco. Todos ellos la sitúan a corta distancia de la isla de El Hierro, la más occidental de Canarias. El primer plano de San Borondón—nombre canario de San Brandano, y, por lo tanto, de la isla fantasma—lo dibuja el avispado cremonés Leonardo Torriani que, de orden y por encargo de Felipe II, recorría las Canarias a finales del XVI para hacer un estudio de fortificaciones. Con el mapa de todo el archipiélago levantó—¡cómo no!—el plano de San Borondón. Una isleta alargada, con colinas dispersas, cruzada de Este a Oeste por una baja cordillera,

que dividía las aguas: un corto riachuelo desembocaba al Norte y otro al Sur. Costas recortadas. Pequeños calvarios o ermitas con cruces.

Torriani trazó el plano de la isla utilizando referencias directas, porque en las islas, sobre todo en las tres con las que ha sido pródiga la isla fantasma—La Palma, La Gomera y El Hierro—se cuentan por decenas los testigos de la sorprendente aparición. Casi todos creen en la realidad de esa tierra, y con los testimonios de unos y el cuento de los que desembarcaron en San Borondón se completa la cartografía y nace el ciclo heroico de la "Encubierta". La mar es propensa a esos delirios, donde el mayor ingrediente es el poético. De no ser así, dos marineros de Gran Canaria, Fernando de Troya y Fernando Alvarez, se hubieran quedado fondeados en sus caletones antes de organizar, en 1526, la primera expedición a San Borondón. Los hados les fueron adversos y regresaron sin abordar la isla. Treinta años después, el piloto portugués Roque Nuñez, con un cura a bordo—el sacerdote palmero Martín de Araña—, dirige la segunda expedición a la isla fantasma. Parten de La Palma, y vuelven a ella descorazonados: no les falló la estima—no más de cuarenta leguas